

honrar y respetar al que no participe de mi opinion y permanezca en su puesto. Si nuestra empresa sale bien, quizás el rey me perdonará el paso que voy á dar; si sale mal, mi actitud me costará la vida, y en este caso ruego á mis amigos que amparen á mi mujer y á mis hijos.» Con alegre entusiasmo acogieron los oficiales las conmovedoras palabras de su general: ninguno quiso quedarse. Uno por todos y todos por uno, tal fué el juramento que prestaron. York les despidió diciéndoles: «¡Ojalá que la obra de nuestra independencia comience y acabe con la proteccion divina (1)!»

En la mañana del 30 de diciembre reuniéronse en el molino de Poscherun el general Diebitsch, acompañado de Clausewitz y del conde Dohna, y York, seguido del coronel Roder y del mayor Seydlitz; cinco prusianos fueron, pues, los que, á tenor del proyecto de York (2), firmaron con Diebitsch el memorable convenio de Taurroggen.

Era este un convenio puramente militar, sin mezcla alguna de cuestiones políticas. Los prusianos debían ocupar el territorio de la costa del Puerto Curlandés, que se extendía entre Memel y Tilsit, quedando ellos y el terreno ocupado en situacion neutral, hasta tanto que llegaran las órdenes del rey aprobando ó rechazando el convenio. En este último caso, los prusianos podrían retirarse libremente por el camino mas corto; pero hasta el 1.º de marzo de 1813 no podrían hacer armas contra los rusos (3). Inmediatamente despues de firmado el convenio, York escribió al rey una carta en que le daba cuenta de lo ocurrido y justificaba en breves palabras su conducta. Decíale en ella: «El convenio deja á vuestra majestad en libertad completa de resolver, le conserva un cuerpo de tropas que estima en lo que vale la antigua alianza ó cualquiera que pudiere nuevamente concertarse y no subordina á V. M. al capricho de un aliado, de quien vuestra majestad tendria que recibir como regalo la conservacion ó el restablecimiento de sus Estados. Si he faltado, pongo mi cabeza á los piés de V. M.; moriré contento y tranquilo, convencido, por lo ménos, de haber cumplido mis deberes de fiel vasallo y de verdadero prusiano. Ahora ó nunca ha llegado el momento de que V. M. se libre de las arrogantes exigencias de un aliado cuyos planes respecto de Prusia están envueltos en un misterio que con razon inspira temores para el caso de que la suerte siguiera favoreciéndole. Este es el motivo que me ha impulsado á proceder como lo he hecho: ¡quiera Dios que sea para bien de la patria!»

Con esta carta se dirigió el día 30 á Berlin el mayor Thile, y el mismo día escribió York á Macdonald dándole cuenta de lo sucedido (4) y diciéndole entre otras cosas: «Las tropas prusianas formarán un cuerpo neutral y no se permitirán hostilidad alguna contra ninguna de las dos partes. Respecto de su suerte futura, de ella decidirán los sucesos que ocurran como consecuencia de las negociaciones que se han de entablar entre las potencias beligerantes. — Poco me importa el juicio que el mundo pueda formar de mi conducta: obro impulsado por los deberes que tengo para con mis tropas y despues de maduras reflexiones, y sean cuales fueren las apariencias, los móviles que me dirigen son purísimos.»

El general Massenbach, que con cinco batallones y dos escuadrones se encontraba en Tilsit al lado de Macdonald, recibió oportunamente la orden de York y pudo reunirse á su cuerpo de ejército el día 31 de diciembre.

Macdonald estaba almorzando cuando llegaron á sus manos las cartas de despedida de York y de Massenbach. Su

(1) Droysen, tomo I, pág. 488.

(2) Droysen, tomo I, pág. 479.

(3) El texto íntegro se encuentra en Fain: *Manuscrito de 1813*, t. I, páginas 198-200.

(4) Fain, tomo I, págs. 201-202.

contenido le afectó profundamente, pero comprendió que los dos generales prusianos no podían hacer otra cosa, y dirigiéndose al teniente Korff, que mandaba los 32 dragones de su escolta de estado mayor, le dijo: «La situacion de las cosas es tal, que no podeis permanecer por mas tiempo á mi lado: marchad con vuestro destacamento al otro lado de Memel, donde encontrareis vuestro cuerpo de ejército y vuestro regimiento.» Hablóle luego del respeto que le merecian los prusianos, encargóle saludara en su nombre á varios oficiales, dióle algunos regalos para los dragones que últimamente le habían dado la guardia y le suplicó que conservara de él un buen recuerdo. Por último, despidióse conmovido con las siguientes palabras: «Es posible que las circunstancias cambien y en este caso pronto nos volveremos á ver: de lo contrario volveremos á vernos en el campo del honor. Dios os guarde.»

Inmediatamente salió el mariscal de Tilsit con el resto de su cuerpo, y el día 1.º de enero de 1813 entró en esta ciudad el general York, el cual, desde allí, envió al rey por conducto del conde Brandenburg, que acababa de llegar á su cuartel general, una segunda carta mas detallada, fechada en 3 de enero, en la que desahogaba su corazon y hablaba á la conciencia de su rey con la elocuencia de un sentimiento largo tiempo y con mucho trabajo contenido. Esta carta es un verdadero monumento del sentimiento patrio del «férreo York», y por ello creemos necesario consignar sus principales párrafos. Despues de una breve memoria relativa á la ejecucion del convenio firmado con Wittgenstein y especialmente á la ejemplar conducta del general Massenbach al juntarse con York, añadía: «He dado este paso sin orden de V. M., pero las circunstancias y otras consideraciones importantes han de justificarlo á los ojos de los contemporáneos y de la posteridad aun en el caso de que la política exija la condenacion de mi persona. Dada la situacion en que el cuerpo de ejército se encontraba, podía calcularse con exactitud matemática que las marchas forzadas y los desesperados golpes habían de hacerle llegar al Vístula en un estado de disolucion completa, si no quedaba antes enteramente aniquilado. La retirada del mariscal, que fué una verdadera fuga, y los últimos combates ordenados por los generales franceses confirman lo que digo y claramente demuestran lo que habia que esperar. En esta alternativa no se abria ante mí mas camino que el que he emprendido. En el suelo patrio, los súbditos de V. M. hubieran tenido que derramar su sangre para salvar á las hordas que han asolado como enemigos y como aliados nuestra patria, y esto para luego tener que soportar las cadenas de un conquistador exaltado hasta la locura. Mientras Napoleon tenga un soldado en Alemania, la ilustre dinastía de V. M. está en peligro: su odio contra Prusia no puede extinguirse y nunca se extinguirá. Las cartas que Napoleon escribia á Bassano y que han sido interceptadas demostrarán á V. M. lo que de tal aliado podia esperarse. Si el ejército francés fuese todavía bastante fuerte para pesar algo en la balanza, en el caso de que se entablara una negociacion, los Estados de V. M. serian la prenda que resolvería la paz. La suerte lo quiere de otro modo: la monarquía de vuestra real majestad, aunque mas reducida que en 1805, tiene la mision de ser la redentora y defensora del pueblo prusiano y de todos los pueblos alemanes. Es evidente que la mano de la Providencia dirige la gran obra, pero hay que aprovechar rápidamente este momento histórico. La suerte del mundo depende de lo que diga V. M. Las negociaciones que quizás tiene ya V. M. entabladas, tendrán mayor fuerza si V. M. da un paso enérgico y decisivo. El pusilánime necesita quien le dé un ejemplo y el Austria seguramente seguirá el camino que V. M. emprenda; V. M. me conoce

como hombre tranquilo, frio y ajeno á la política. Mientras las cosas siguen su curso ordinario, todo leal servidor tiene que amoldarse á las circunstancias de tiempo, tal es su deber; pero estas circunstancias han traído una situacion muy distinta y en su consecuencia es tambien deber suyo utilizar una ocasion que no ha de volverse á presentar. Al hablar así, empleo el lenguaje de un antiguo y leal servidor, lenguaje que es el que usa asimismo casi toda la nacion. La resolucion que V. M. adopte dará nueva vida y nuevo entusiasmo á todos: nosotros nos portaremos como antiguos prusianos de corazon y el trono de V. M. permanecerá en el porvenir firme é inquebrantable. Espero con impaciencia la decision de V. M. para ver si he de atacar al verdadero enemigo ó si las circunstancias políticas exigen que V. M. me condene. Una y otra cosa acataré con leal sumision y juro á vuestra real majestad que con la misma tranquilidad moriré en el patíbulo que en el campo de batalla en que he envejecido. En su consecuencia, imploro de V. M. la gracia de que al formular la sentencia que haya de darse, no tenga para nada en cuenta mi persona. Sea cual fuere la muerte que me esté deparada, siempre moriré como súbdito el mas sumiso y fiel de V. M. — York. — Tilsit, 3 de enero de 1813.»

CAPITULO VI

JUICIO DE DIOS EN RUSIA. — FEDERICO GUILLERMO SE DECIDE POR LA GUERRA. — DIETA DE KONIGSBERG

El gobierno del primer cónsul Bonaparte habia sido considerado como un inmenso beneficio, porque en el interior creó con los medios mas sencillos y mas eficaces todo cuanto la Francia necesitaba para vivir, despues de diez años de anarquía y de suicidas dilaceraciones, y al propio tiempo porque en el exterior supo mantener con verdadera maestría el honor y el poderío de la nacion sin mengua, pero tambien sin abuso. El Consulado, siguiendo con rara constancia una conducta de energía y de sabia prudencia, llenó todos los deberes de una monarquía nacional y se puso en las mejores condiciones para convertir á fuerza de años y de servicios, á fuerza de virtudes militares y cívicas, el poder que violentamente habia conquistado en derecho inatacable. Pero el abominable asesinato del inocente duque de Enghien rompió el velo de todas las ilusiones con que la Francia hasta entonces habia visto elevarse á su joven héroe. Entonces volvió á ser el corso para los franceses, el aventurero para los monarcas, el extranjero ante la conciencia de la nacion, que habia creído verse libre así del asesinato por maldad como del homicidio perpetrado en las ansias de la muerte. La política de dominacion universal á que se entregó muy luego el emperador, hasta el punto de embriagarse con ella, contribuyó en gran manera á que el imperio fuese considerado en su propio país como una dominacion extranjera. ¿Qué se proponia hacer con el continente, al cual parecia haber esclavizado con el solo fin de trastornarle sin cesar? El interés nacional de Francia nada tenia que ver con la desmembracion de Prusia, ni con la dominacion de Portugal y de España, ni con las anexiones del mar del Norte, del mar Tirreno y del mar Adriático, de los grandes ducados de Berg, Francfort, Wurzburg, del ducado de Varsovia, y de los reinos de Westfalia, Italia y Nápoles. ¿Había, por ventura, fuera de Francia algun interés que exigiera todo esto? Napoleon dijo en Santa Elena (1): «Uno de mis grandes pensamientos era la aglomeracion, la union de los pueblos geográficamente iguales, á quienes las

revoluciones y la política habian disuelto y fraccionado. Hay en Europa, aunque diseminados, mas de 30 millones de franceses, 15 millones de españoles, 15 millones de italianos y 30 millones de alemanes: de cada uno de estos pueblos hubiera hecho yo de buena gana un cuerpo nacional unitario y con tal séquito se habria podido llegar á la posteridad y atraerse la bendicion de los siglos. Yo me sentia digno de esta gloria.» Con especial interés hubiera completado la «educacion nacional de los italianos,» y murió sin haberse explicado por qué no habia habido ningun príncipe alemán que explotara los vivos deseos de unidad que á los alemanes animaban. «Es indudable que á haber querido el cielo que yo naciera príncipe alemán, habria infaliblemente reinado, en medio de las muchas mudanzas de nuestro tiempo, sobre 30 millones de alemanes unidos, y en lo que creo conocerlos pareceme ahora que si alguna vez me hubiesen elegido y aclamado, yo no los habria abandonado y actualmente no estaria sentado en este sitio.» Napoleon no pensó en Santa Elena en aquellos polacos (2) que habian derramado su sangre por él como por ningun héroe de su raza, ni intentó siquiera armonizar la campaña de 1812 con ninguno de sus «grandes pensamientos.» Como única clave para explicar lo inexplicable, dejó á la posteridad la confesion de que propiamente no habia sido nunca dueño de sus acciones, de que «jamás habia sido verdaderamente él mismo (3).» «Puedo haber tenido muchos proyectos, pero nunca me encontré en situacion de realizar uno solo de ellos. Cierto que mis manos empuñaban el timon, pero por fuertes que estas manos fueran, mas fuertes eran todavía las muchas olas que de repente azotaban la nave, y yo tuve la prudencia necesaria para preferir ceder á ellas y yo zozobrar oponiéndoles tenaz resistencia. Por esto no fui nunca dueño de mí mismo, sino que siempre he tenido que dejarme llevar por las circunstancias, de tal suerte que á mi eleccion al Consulado, cuando algunos verdaderos amigos y ardientes partidarios me preguntaban, con la mejor intencion y para tener ellos mismos un objetivo, hasta dónde pretendia llegar, siempre les contestaba que no lo sabia, lo cual les aturdira y quizás les disgustaba y sin embargo les decia la pura verdad. Despues, en tiempo del imperio, cuando se tenia menos confianza en mí, muchas caras parecian quererme hacer igual pregunta y á la verdad que hubiera podido darles la misma contestacion. Nunca fui dueño de mis acciones, porque no fui tan loco que quisiera subordinar los acontecimientos á mi sistema.»

El hecho que con esto confesaba Napoleon y del que, faltando á la verdad, queria hacer responsable no á sí mismo sino á la fuerza de las circunstancias, no fué un secreto mientras él fué emperador. Cuanto mas ahondamos en la historia secreta de su época, tanto mas claro aparece que precisamente en los días de su mayor poderío existió entre sus amigos y entre sus enemigos una conjuracion tácita contra él fundada en el convencimiento general de que su sistema no duraria, ni podia durar, sino que seria destruido por su propia demencia. En 17 de enero de 1811 escribia el conde Metternich al emperador Francisco: «El convencimiento, comun á tantos soberanos y súbditos, de lo efímero de la opresion que les agobia es, á mi modo de ver, la verdadera causa de la posibilidad de que se realicen los colosales y destructores planes de un solo hombre. Por muy alto que sea el peldaño en que éste se encuentre, no lo será nunca bastante para hacer que sea duradero lo que realmente vemos. Napoleon es el único que vive y obra en el presente:

(2) Véase mas arriba.

(3) *Je n'ai jamais été réellement tout à fait à moi.* — *Corresp.*, XXXII, página 303.

(1) *Corresp.*, XXXII, págs. 305-306.

los pueblos de Europa viven todos en el porvenir; así es que aquel une los últimos anillos de la cadena, sin observar esta última circunstancia (1).» La obediencia que Napoleón encontraba en todas partes y que subió de punto en 1812 era tanto mayor cuanto más general era la creencia de que el sacrificio no duraría mucho tiempo, y cuanto más insensata era la locura cesarista, tanto más pronto debía estrellarse contra su propia monstruosidad. Todavía la posteridad se quiebra la cabeza preguntándose cómo pudieron reunirse en un mismo hombre tal insensatez en la concepción de planes con tal maestría en la aplicación de los medios, tal demencia en el querer con tal perfección en el realizar (2). Este

enigma causó tormentos de muy distinta clase y de mayor gravedad a los contemporáneos, que en último caso se consolaban con la confianza de que toda la superioridad del poder humano tiene sus límites trazados por la naturaleza misma de las cosas, incontrastable para todos, y de que la costumbre del abuso del poder para pisotear todo derecho extranjero, debía concluir por esos crímenes que claman al cielo y que la Providencia suele castigar con el propio aniquilamiento. Y que la expedición a Moscú fue uno de estos crímenes que no podía traer consigo sino un repentino y terrible hundimiento, estaba en el convencimiento de dos patriotas alemanes, proscritos ambos por Napoleón, que al



Hospital militar de franceses y rusos en el Remter de Marienburg.
De un grabado de Schroeder, cuadro original de A. Roehn (1780-1867). - Galería histórica de Versalles.

buscar con ansia, en el verano de 1812, «un país libre y honrado», no encontraron asilo más que en San Petersburgo: nos referimos al ex-ministro barón Carlos de Stein y al ex-profesor de Greifswald, Ernesto Mauricio Arndt (3).

En 18 de setiembre de 1812 terminó Stein en San Petersburgo la primera de sus memorias «sobre la futura Constitución de Alemania», y con la misma fecha, es decir, cuatro días después de la entrada de Napoleón en Moscú, di-

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, pág. 105.

(2) Alejandro de Tocqueville escribe en una carta fechada en Sorrento en diciembre de 1850, hablando de su proyecto - desgraciadamente no realizado - de hacer una descripción de Napoleón: «¿Quién podrá describir esta figura extraordinaria de fuerzas y debilidades humanas, esta figura de un carácter impaciente e impetuoso, que creaba y destruía sin cesar sus propias obras, que no se cansaba de ensanchar y disminuir las fronteras de los reinos, que llevaba la desesperación a los pueblos y a los príncipes, no tanto por las heridas por donde se desangraban como por la incertidumbre de los males que estaban condenados a temer sin cesar!» *Oeuvres compl.*, tomo VII, págs. 170-172.

(3) Véase Arndt: *Mis emigraciones y mis alternativas en compañía del barón del Imperio C. F. de Stein*, tercera edición, Berlín, 1869.

rigió al emperador Alejandro otra memoria «sobre la creación de un Consejo administrativo en Alemania», basada en la hipótesis de una guerra popular general emprendida por la nación alemana (4). Iguales pensamientos acariciaba Arndt cuando en el verano de aquel año memorable imprimió, también en San Petersburgo, la obra cuyo título decía: «Catecismo para el guerrero y el miliciano alemán, donde se aprenderá lo que debe ser un soldado cristiano y cómo debe ir con Dios a la lucha (5).» Esta obra tenía por lema las palabras de Joel, cap. 2: «No temas, querido país, antes bien alégrate y consuélate, pues el Señor puede hacer grandes cosas.» Escrita en el lenguaje de la Biblia alemana de Martín Lutero - cuya sencillez de tono y cuyo vigor de estilo en frases cortadas supo Arndt imitar hábilmente, - trataba «de la maldad y de la desgracia, de la disensión y de la guerra, de la magnificencia y de la corrupción humanas, de la guerra

(4) Pertz: *Stein*, tomo III, pág. 140.

(5) *Escritos de Arndt para sus queridos alemanes*, tomo I, Leipzig, 1845, pág. 229.

justa y de la injusta, del gran tirano, del pueblo extranjero, del pecado y de la desdicha, de la confianza en Dios, de la concordia, del amor y de la sociabilidad, del honor militar, de la libertad y de la patria, de la modestia y de la humildad, de la bondad y de la suavidad, de la ambición y de la crueldad, de la disciplina, etc.» En sus veinte capítulos había algunas palabras verdaderamente de oro que sonaban deliciosamente al oído. Al tirano de los pueblos se le maldecía con las palabras del profeta: «¡Ay de tí, destructor! ¿crees por ventura que a tu vez no serás destruido? y tú, que desprecias a los demás, ¿no imaginas que yo te despreciaré a tí? Cuando hayas consumado tu obra de aniquilamiento, también tú serás aniquilado, y cuando hayas puesto término a tu desprecio, entonces yo te despreciaré.» Suena la campana tocando a rebato y excitando a los pueblos a la rebelión, a la venganza y a la independencia: «¡Sús, pueblos! Matad a éste que está maldecido por mí, aniquilad a éste, que es un destructor de la libertad y del derecho.» Las santas doctrinas de patria y libertad son predicadas en esta obra con hermosas e imperecederas frases: «Y en estos días se han levantado miserables y frios críticos que en la frivolidad de su corazón dicen: - ¡Patria y libertad, nombres vanos y sin sentido, palabras sonoras y bellas con que se enloquece a los simples! Allí donde el hombre se encuentra bien, allí está su patria; allí donde menos se le atormenta, allí florece su libertad. - Los que tal dicen son como los animales, necios que solo piensan en su estómago y en sus placeres y no saben nada del soplo del espíritu celeste. Como los rebaños, comen solo la pitanza del día, y lo que les produce placer es lo único que tienen por cierto. De su frívola charlatanería brotan mentiras y el castigo de las mentiras nace de sus doctrinas. Los mismos animales aman, pero estos hombres no aman: solo aparentemente llevan la imagen de Dios y el sello de la razón divina. El hombre ha de amar hasta la muerte y no se ha de dejar separar nunca de su amor. Esto no pueden hacerlo los animales, porque pronto olvidan, ni ningún hombre animal, porque solo le satisface el placer. Por esto, ¡oh, hombre! tienes una patria, un país sagrado, un país querido, una tierra hacia la cual vuela eternamente tu alma. Allí donde por vez primera se te apareció el sol de Dios, te iluminaron las estrellas del firmamento, los rayos te mostraron la omnipotencia divina y los huracanes retumbaron con sagrado terror en tu alma, allí está tu amor, allí está tu patria. Allí donde la primera mirada humana se posó sobre tu cuna, donde tu madre te llevó por vez primera, llena de júbilo, en su seno y donde tu padre grabó en tu pecho las doctrinas de la sabiduría y del cristianismo, allí está tu amor, allí está tu patria. Y ora sean frias rocas ó islas yermas, y por más que allí vivas pobre y lleno de cuidados, tienes que amar al país eternamente, pues eres un hombre y no has de olvidar, sino que has de conservar el recuerdo en tu corazón. La libertad no es un sueño vano ni una senda árida, sino que en ella viven tu valor y tu orgullo y la certidumbre de que descendes del cielo. La libertad está allí donde puedes vivir como les gusta vivir a los corazones animosos, donde tú puedes vivir según las costumbres, los usos y las leyes de tus padres, donde te sonríe lo que a tus padres sonrió, donde ningún verdugo extranjero pueda mandarte, ni ningún boyero extranjero pueda empujarte como empuja a los bueyes con el aguijón. Esta patria y esta libertad son lo más sagrado en la tierra, un tesoro de lealtad y de amor infinitos, el bien más noble que el hombre honrado posee y ansía poseer en la tierra. Ellas son para las almas vulgares una ilusión y una locura, porque las almas vulgares no viven sino para el momento presente; pero los valientes las elevan al cielo y obran milagros en los corazones sencillos. ¡Sús, noble alemán! ruega cada día a Dios que

fortalezca tu corazón y que encienda en tu alma la confianza y el valor. Que ningún amor sea para tí más sagrado que el amor a la patria y que ningún placer sea para tí más dulce que el placer de la libertad, para que puedas reconquistar lo que los traidores te arrebataron por engaño y recobrar con sangre lo que los locos abandonaron. Porque el esclavo es



Estatua en bronce del general York, en Berlín
(obra de Cristiano Rauch).

un animal astuto y ruin y el hombre sin patria el más infeliz de todos.»

Tenemos el resultado definitivo de la guerra de 1812 en el hecho de que Napoleón no encontró en Moscú la paz que a toda costa necesitaba y no pudo invernar en Rusia con seguridad ni emprender una honrosa retirada. Así lo ha hecho notar C. de Clausewitz (1) y así lo confirma plenamente

(1) *Obras póstumas*, tomo VII (Berlín, 1835), pág. 183. «Es innegable que el incendio de Moscú fue una gran desgracia para los fran-